




Menéndez y Pelayo, Marcelino
Discurso en la Solemne Fiesta Literaria celebrada en el Museo Provincial de Bellas Artes. 1904.

# DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

# D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

EN LA

## SOLEMNE FIESTA LITERARIA

CELEBRADA

## en el Museo Provincial de Bellas Artes

EL 5 DE DICIEMBRE DE 1904

PARA CONMEMORAR EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO
DE LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA
DEL MISTERIO DE LA INMACULADA.



SEVILLA
LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y COMP.ª
Francos, núm. 54
1905

# DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

## D. Marcelino Menéndez y Pelayo


LIBRERIA
DE F. RODRIGUEZ
OBRAS
ANTIGUAS
Y
MODERNAS
CRUZ 31
MADRID

# DISCURSO

DEL EXCMO. SR.

# D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO

EN LA

## SOLEMNE FIESTA LITERARIA

CELEBRADA

## en el Museo Provincial de Bellas Artes

EL 5 DE DICIEMBRE DE 1904

PARA CONMEMORAR EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO
DE LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA
DEL MISTERIO DE LA INMACULADA.





SEVILLA
LIB. É IMP. DE IZQUIERDO Y COMP.ª
Francos, núm. 54
1905





Eminentísimo Señor:

SEÑORES:

Bien quisiera yo que en mi mente, que comienza á sentir el cansancio propio de quien ha traspasado, no sin labor ardua, la mejor parte del camino de la vida, reverdeciesen de pronto las juveniles energías, para que mis palabras tuviesen el entusiasmo y el calor que la solemne ocasión presente demanda. Hoy, como en otra situación análoga, puedo decir que sólo el sentimiento de un deber, que en todo tiempo, y más en los presentes, debe ser cumplido sin vacilación ni demora, me ha hecho aceptar una carga que pesa duramente sobre mis hombros y que cualquier otro hubiera llevado con más brío y resolución que yo. Porque hay en la compleja psicología de cada individuo motivos y razones que si, por una parte, le impelen á cumplir el fin propuesto por benévola designación ajena, por otra, le retraen y se-

paran de emprender tarea superior á sus fuerzas, y en que acaso la grandeza y dignidad del propósito original haya de quedar menoscabada y oscurecida por lo insignificante de la ejecución. Y este defecto puede nacer, no sólo de la propia limitación del sujeto, que en esta y en toda ocasión será la primera raíz del mal, sino en circunstancias extrañas, de tiempo y lugar, que, cohibiendo su espontaneidad ó encauzándola en determinado sendero, aparten su atención del cuidado preferente que el nuevo empeño reclama, el cual, cumplido de esta suerte, no podrá menos de resentirse de cierta languidez y frialdad, que apaga y mata todo estímulo oratorio. Y si esto puede acontecer, y acontece cada día, con los privilegiados mortales que han recibido de Dios el don inestimable de la palabra dócil y sumisa al pensamiento propio y conquistadora irresistible del pensamiento ajeno, ¿qué ha de sucederme á mí, para quien la palabra no ha sido nunca blanda y esponjosa materia, sino roca áspera y dura: á mí que aborrezco la improvisación en todo género de asuntos, y que tengo de la oratoria (aun admirando á los grandes oradores) una idea muy aproximada á la que Kant mostró alguna vez, diciendo de ella que era el arte de tratar frívolamente las cosas graves, y, por tanto, arte inferior al de la poesía, que tiene la virtud de tratar gravemente las cosas frívolas?

Si sólo á la reputación literaria, que es vanidad de vanidades y aflicción de espíritu, hubiera de atender, no estaría yo aquí molestando vuestra atención con mis palabras. No son triunfos juveniles los que pueden deslumbrar á quien tiene en la cabeza hartas canas: á quien por ventura, ó por desgracia, ó por ambas cosas á la vez, probó desde muy temprano lo dulce y lo amargo de este mundo. Ni un dis-

curso más, ni una pueril demostración, ó exhibición, como ahora dicen, de la propia persona, cuadran de ningún modo á quien, por temperamento, por hábito, por experiencia de los hombres, busca su independencia en el retiro, y gusta más de conversar con muertos inmortales que con fantasmas vivos. Por lo mismo que soy hasta la hora presente, y en hora buena lo diga, uno de los mortales relativamente felices á quien la Providencia concedió que realizasen su modesta vocación en la vida, siento íntima tristeza cuando tengo que abandonar, aunque sea por breve espacio, el trato y compañía de mis predilectos amigos, que me aleccionan cada día con palabras que ni el interés corrompe, ni la lisonja hincha, ni el ciego y desapoderado afán de novedades arrastran fuera del cauce por donde corren limpias y sonoras las aguas del ideal, *puro, inmóvil y bienaventurado*, como Platón le columbró en sus sueños; como le mostró la revelación cristiana, no en la vaga región especulativa, ni escondido tras las sombras y cendales del mito y la alegoría, sino vivo, triunfante y glorioso, en la persona del Verbo Encarnado, fuente de todo bien y de toda sabiduría.

La Idea rige el mundo, y más que otra Idea, la Idea suprema, en quien todas se refunden. Hay cuestiones sociales, filosóficas, estéticas; pero hay en el fondo de todo una cuestión teológica, como se ha dicho muchas veces, ó, más bien, no hay tal cuestión, sino la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo, la cual, si en el Cristianismo se acrisola y completa con la Revelación, preexiste en germen en el alma *naturaliter christiana*, que, precisamente por serlo, es capaz de recibir la efusión de la luz sobrenatural. Pero no todos vieron la luz, y algunos, después de vista, le volvieron la espalda, y

el mundo continúa entregado á las disputas de los hombres, nunca más acerbas y rencorosas que en la hora presente. Por ventura no es mayor el desorden moral que lo fué en pasados tiempos; pero es más honda la anarquía intelectual, más triste el divorcio de las almas, más dura la sequedad del opulento, más exasperada la ira del débil, más recio é impenetrable el egoísmo de los pueblos y de los hombres. Parece que el bálsamo de Galaad se va extinguiendo; que el torrente de las lágrimas se va secando, y que la caridad humana, como de la justicia fingieron los poetas antiguos, está próxima á desamparar la tierra. Y si la ley de bronce de la Justicia no puede desaparecer del mundo sin que crujan los ejes del edificio social, ¡qué soledad, qué desamparo no habría de dejar en nosotros la dulce ley de la Caridad, que con trama invisible de seda y oro liga las almas! Ni la tétrica fantasía del gran poeta inglés que pintó la consternación de los últimos seres humanos ante la desaparición de la luz en el mundo, bastaría para igüalar los horrores con que la ola creciente del ateísmo científico, decorado con diversos nombres, y la ola, todavía más negra, rugiente y avasalladora, del ateísmo práctico, amagan á un mundo nuevo, en que serán palabras vanas las de humildad y resignación, en que todo se reclamará como derecho y nada se impondrá como deber, en que la ética será una superstición tan trasnochada como la metafísica que le sirve de fundamento, en que la conciencia será una ilusión del hábito, producida por la repetición de fenómenos idénticos, y el principio de causalidad una mera ley de asociación, y el derecho una evolución perfeccionada y gradual de bestiales instintos, sin más obligación ni sanción que la que imponga por la fuerza el interés común, tan precario y movedizo, de los asociados.

Á todas partes trasciende el contagio, y en todas partes hay que atajarle. Nace de aquí una obligación moral que tenemos todos, aun los más humildes, y que puede convertirse en mandato imperativo cuando la lucha arrecia. Por eso yo, en mi pequeñez, venciendo mi inclinación al retiro estudioso, y aventurándome á la justa censura que habéis de hacer de mi atrevimiento, cumplo el honroso encargo que recibí, y que por otros motivos hubiera debido rehusar, y vengo, sin ciencia ni elocuencia, á tomar parte en esta fiesta, que, con titularse literaria y artística, tiene la significación y el alcance de representar una afirmación clara, solemne y categórica de lo sobrenatural cristiano en uno de sus dogmas más excelsos.

Certamen literario y artístico se titula el presente; pero no hay arte ni literatura, aun el que presume de más realista, en que el fulgor de lo ideal no resplandezca; y el ideal no es más que luz reflejada de otra luz superior é indeficiente que alumbra el gran misterio de las cosas. Pálido y todo, como es, el reflejo de lo ideal en la mente humana, empañado y oscurecido muchas veces por las nieblas de la pasión y de la locura, á él se deben aquellas grandes y originales bellezas que en el arte de la palabra, en el del sonido, en el de la línea y el color, subyugan el ánimo con fuerza irresistible; aquellas intuiciones del mundo real que le transfiguran simbólicamente y nos hacen leer en el símbolo conceptos de transcendental sabiduría; aquella visión mágica de la naturaleza, que nos penetra y envuelve lánguidamente y se asocia por recóndita simpatía con los estados de nuestra alma; aquella taumaturgia poderosa que nos conduce á penetrar el enigma del universo por rumbos más seguros que los del pensamiento discur-

sivo; aquella elevación del alma sedienta de lo infinito, que asciende por la escala de Jacob de la contemplación mística; aquella profunda y vigorosa psicología poética que da valor perpetuo y humano al caso particular y deleznable del sentimiento; aquel don de lágrimas que las hace inmortales, hasta cuando proceden de origen impuro; y hasta aquella elocuente y desesperada angustia que afirma, por la grandeza satánica de la contradicción, el mismo ideal que niega.

Vivimos entre prodigios: sin la luz de la revelación son enigmas indescifrables nuestra cuna y nuestra tumba; no hay instante sin milagro, según la vigorosa expresión de nuestro dramaturgo, y cumple el arte su fin más sublime cuando nos sumerge en las tinieblas de la noche oscura del alma, para aleccionarnos con aquel extraño género de sabiduría que el gran doctor del Carmelo compendió en tres versos, tan sencillos en la letra como hondos en el sentido:

Entréme donde no supe,
Y quedéme no sabiendo,
Toda ciencia trascendiendo.

Son las alturas de la contemplación mística de difícil acceso para el pie más ágil y para el más alentado pecho; ni es la doctrina de la perfección espiritual materia de mero deleite estético, sino regla y disciplina de la voluntad y del entendimiento. Error grave, y en nuestros tiempos muy vulgarizado, es el de buscar la verdad por el camino del arte, ó el de suponer que cierta vaga, egoísta y malsana contemplación de un cierto fantasma metafísico que se decora con el nombre de belleza, pueda ser norma de vida, ni ocupación digna del

sér inteligente. En el fondo de este *dilettantismo* bajo y enervante, feroz y sin entrañas, late el más profundo desprecio á la humanidad y al arte mismo, tomado así por un puro juego sin valor ni consistencia. Y es cierto que las formas bellas tienen valor por sí mismas, y le tienen también por su rareza, puesto que son tan fugaces las apariciones con que recrean la mente de los humanos; pero su propia excelencia intrínseca no se concibe sin el sello del ideal que llevan estampado, puesto que meras combinaciones de líneas ó de colores, de sonidos ó de palabras, serán un material artístico muerto, hasta que la voz del genio creador flote sobre las ondas sonoras y sobre el tumulto de las formas vivas, como flotaba el espíritu de Dios sobre las aguas. Y no estiméis la comparación irreverente, pues entre todos los dones del ingenio humano quizá no haya otro más excelso que el de crear una reproducción total y armónica de la vida.

Total y armónica he dicho, porque ni la abstracción ideológica puede ser materia del arte, que no vive de teoremas metafísicos, ni el realismo exterior y superficial, en que la vida se presenta ilógica y fragmentaria, sin unidad ni sentido, cuando no groseramente deformada por una aberración del contemplador, puede considerarse como interpretación digna y adecuada del latente magisterio de la Naturaleza, que no es fea, ni inmoral, ni indiferente, sino espejo de las perfecciones supremas de su Creador: espejo manchado y oscurecido á trechos con las sombras del pecado y de la muerte, que la voluntad humana introdujo en el mundo con su primera caída.

La invención de la forma es algo más que un juego pueril de la fantasía, servida por la habilidad técnica. Es, ante todo, la manifestación, ó, más bien,

la evocación del espíritu, porque *el alma es la que crea el cuerpo*, según la profunda expresión de Leonardo de Vinci. El arte plástica, pues, al igual que la poesía, es obra mental, psicología en acción, profunda y escudriñadora mirada sobre los misterios del alma, y es algo más que esto, puesto que aspira á rehacer la unidad sintética del sér humano, produciendo la ilusión de la vida íntegra, física y moral á un tiempo, pues la figura corporal, vista y considerada así, no es más que un momento de la vida del espíritu.

Pero hasta ahora no hemos traspasado los límites del orden natural: osemos penetrar, con temor y reverencia, en el orden sobrenatural y de gracia. Una inmensa revelación, cuya necesidad se adivina y presiente en el término del conocimiento filosófico, en las aspiraciones insaciables del alma sedienta del bien infinito, en aquella luz interior que es participación de la luz increada, ha transformado el arte, como todas las demás obras de la actividad humana. Un misterio de amor inefable ha conmovido las entrañas de la tierra y ha hecho brotar, copiosa y dulce, la fuente de las lágrimas. El ideal se ha manifestado, no en la fría y severa región especulativa, ni envuelto en símbolos y enigmas, sino accesible y familiar, vistiendo carne mortal, peregrinando entre los hijos de los hombres, hecho varón de dolores, y cargando sobre sus hombros el peso infinito del rescate de la humanidad prevaricadora. La Divinidad habitó entre nosotros, y fué Dios y hombre juntamente, y enalteció y transfiguró la naturaleza humana al unirse con ella. Un nuevo tipo de belleza espiritual amaneció para el mundo, y la sangre del Calvario, cayendo gota á gota sobre las frentes redimidas, hizo brotar la semilla de incógnitos anhe-

los, de místicas fruiciones, de trágicas angustias, que son jugo y savia del arte moderno, hasta cuando parece más olvidadizo de su origen y del sello cristiano que lleva impreso desde la cuna. La poesía lírica y la música, que son artes subjetivas por excelencia, sólo han respirado plenamente en esta atmósfera de libertad interior y de expansión indefinida. La poesía narrativa, enriquecida con el tesoro de los sagrados libros y con el inmenso caudal de las leyendas hagiográficas, ha alumbrado incógnitas fuentes del sentimiento, y nos ha mostrado una humanidad más interesante que la que lidiaba en torno de los muros de Ilión ó de Tebas. El templo cristiano de la Edad Media fué, no la estrecha celda del dios particular ó de una tribu, sino la morada del Dios vivo y del Padre común, siempre incompleta por razón de límite, siempre vuelta á comenzar por razón de amor, fábrica excelsa en que las mismas causas de endeblez y fragilidad parecen sublimes, y en que las resistencias han sido calculadas, no por el entendimiento, sino por la voluntad: obra simbólica de inagotable contenido; libro enorme de piedras y colores abierto á todas horas á la contemplación de los más rudos. Y, en cambio del privilegio que la plástica antigua tuvo de hacer respirar el mármol por la sola virtud y eficacia de la proporción y armonía de las formas corpóreas, fué concedido á la pintura moderna, juntamente con el don de la línea luminosa y la magia del aire interpuesto, el prestigio de la expresión moral, que mueve y arrastra los afectos humanos con poderío irresistible, y que puede hacer que desciendan sobre la fisonomía más vulgar, sobre los más sórdidos harapos, sobre las más repugnantes lacerias, los rayos triunfantes de la purificación y de la apoteosis. Para el mundo que cae

del lado acá de la Cruz, no son lo bello y lo feo, ni siquiera lo ideal y lo real, quienes se disputan el imperio del arte: una belleza más alta, que es suprema realidad y puro ideal á la vez, lo ha iluminado todo, lo ha penetrado todo, lo ha regenerado todo, ha impreso el sello de redención en la criatura más abyecta, y, haciéndose todo para todos, ha abierto sus entrañas de infinita misericordia al pobre lisiado cuyas líneas contradicen groseramente el canon estético, á la pecadora y al publicano, al facineroso arrepentido cuya vida ha sido grosera infracción de la sabia economía social.

Así han podido coexistir fraternalmente abrazados con la más sincera inspiración religiosa aquellos procedimientos franca y gallardamente naturalistas de que vuestros inmortales maestros dieron al mundo la mejor muestra. Su realismo era instintivo, como de temperamento y de raza; pero tan vital y enérgico, que llegaba á sobreponerse al yugo doctrinal de los preceptistas, al ejemplo de los modelos italianos y al renovado idealismo de las escuelas del Renacimiento. Y esto, no en son de protesta, ni de insolente desafío, contra el exquisito y grandioso arte italiano, cuyas excelencias acatan, sino con la perfecta y humilde sinceridad de quien no sabe ni quiere poner en la obra de sus manos otra cosa que el trasunto fiel de lo que sus ojos vieron, ni otro ambiente que el diáfano y cálido que le envuelve, ni otra luz que la que flota disuelta en polvo de oro en la atmósfera tibia y regalada de la Bética.

Por condiciones singulares de su historia hubo de ser la España de los siglos XVI y XVII un pueblo de teólogos armados, que por el dogma de la libertad humana y de la responsabilidad moral, por la unidad de la Iglesia y el valor de la tradición, fué á

sembrar huesos de caballeros y de mártires en las orillas del Albis, en las dunas de Flandes y en los escollos del mar de Inglaterra. ¡Sacrificio inútil, se dirá; empresa vana! Y no lo fué, con todo eso; porque si los cincuenta primeros años del siglo XVI fueron de conquistas para la Reforma, los otros cincuenta, gracias á España, lo fueron de retroceso; y ello es que el Mediodía se salvó de la inundación, y que el Protestantismo no ha ganado desde entonces una pulgada de tierra, y hoy en los mismos países donde nació languidece y muere. Que nunca fué estéril el sacrificio por una causa justa, y bien sabían los antiguos Decios, al ofrecer su cabeza á los dioses infernales antes de entrar en batalla, que su sangre iba á ser semilla de victoria para su pueblo. Nunca, desde el tiempo de Judas Macabeo, hubo una gente que con tanta razón pudiera creerse el pueblo escogido para ser la espada y el brazo de Dios; y todo, hasta sus sueños de engrandecimiento, lo referían y subordinaban á este fin supremo: *Fiet unum ovile et unus pastor*. Lo cual hermosamente parafraseó Hernando de Acuña, el poeta favorito de Carlos V:

Ya se acerca, Señor, ó ya es llegada,
La edad dichosa en que promete el Cielo
Una grey y un pastor solo en el suelo,
Por suerte á nuestros tiempos reservada.
Ya tan alto principio en tal jornada
Nos muestra el fin de vuestro santo celo,
Y anuncia al mundo, para más consuelo,
Un monarca, un imperio y una espada.

Trajo el correr del tiempo días adversos para este imperio español, realizado materialmente en el siglo XVI hasta donde alcanzó el temple del brazo puesto al servicio de la voluntad más enérgica y unánime de que ningún pueblo ha sido capaz: reali-

zado moralmente, en esfera más amplia y con virtud más duradera, por el numen creador de nuestros pensadores, de nuestros artistas, de nuestros poetas, que, á la manera del cisne mitológico, nunca cantaron con más dulzura que en las cercanías de lo que el vulgo y la historia vulgar llaman muerte, y que para los pueblos que no han renegado de su espíritu no es sino promesa de inmortalidad acrisolada en la viva fragua del infortunio. Tremendos días fueron aquellos de la segunda mitad del siglo décimoséptimo, en que la integridad peninsular sufrió irreparable quebranto, y aún fué mayor el amago que la catástrofe, con ser esta tan formidable; pero tenían los hombres de aquella era algo que en las tribulaciones presentes se echa de menos, algo que no es resignación fatalista, ni apocada y vil tristeza, ni rencor negro y tenebroso contra la propia casta, como si pretendiéramos librarnos de grave peso echando sobre las honradas frentes de nuestros mayores los vituperios que sólo nosotros merecemos, sino humildad cristiana, que, abatiendo al hombre delante de Dios, le ensalza y magnifica y robustece delante de los hombres, y le hace inaccesible á los golpes de próspera y adversa fortuna; acatamiento hondo y sencillo de la Potestad Suprema que manda sobre los pueblos el triunfo ó la derrota, la grandeza ó el infortunio, el perdón ó el castigo; vida íntima y de raiz religiosa, que en el alma del más distraído puede ser como el grano de mostaza que haga germinar la planta del buen querer y producir fruto de heroicas obras; espíritu de caridad, que, no por derramarse sobre todas las criaturas humanas, deja de tener su hogar predilecto allí donde arde inextinguible y pura la llama de la patria, dos veces digna del amor de sus hijos, por grande y por infeliz.

Así, en medio de los varios trances de la fortuna bélica, en medio de los grandes desastres que anublaron los postreros años del reinado de Felipe IV y el largo é infelicísimo de su vástago desventurado, aquella generación que llamamos decadente, y que lo era, sin duda, en el concepto económico y político, todavía conservaba intensa, viva y apacible, la luz del ideal evangélico, y, con ser iguales todos los atributos de Dios, todavía gustaba más de especular en su misericordia que en su justicia. La solemne tristeza de la edad madura y el desengaño de las vanidades heroicas no eran entonces turbión de granizo que desolase el alma, sino capa de nieve purificadora, bajo la cual yacían las esperanzas de nueva primavera en la tierra, de primavera inmortal en los cielos. Esa edad tuvo á Calderón por su poeta, y tuvo á Murillo por su pintor predilecto.

Y entre todos los misterios de nuestra religión amorosísima, hubo dos que con especial atracción movieron la mano y la lengua de nuestros artistas del pincel y del estilo: el dogma de la presencia eucarística, que en los autos sacramentales reduce á grandiosa unidad toda la economía del saber teológico, y reviste de símbolos y figuras, á un tiempo palpables y misteriosas, la historia y la fábula, el mundo sagrado y el gentil, los áridos esquemas de la dialéctica, y los arrobamientos del éxtasis místico, para ofrecerlo todo, como en un haz de mirra, ante las aras del Divino Pan, prenda sacrosanta del rescate humano. Y juntamente con este misterio, corazón y clave del edificio cristiano, aclamó nuestro pueblo con voz inmensa y poderosa, otro que era entonces creencia pía, y es hoy dogma solemnemente definido, cuyo quincuagésimo aniversario se celebra ahora en todos los templos de la cristiandad,

y que en ninguna parte como en Sevilla, la ciudad Mariana por excelencia, representa una tradición del hogar, una relación de afecto que mueve el entendimiento y estimula la voluntad y ahuyenta la ciega niebla de las pasiones con la perenne contemplación de obras inmortales que unos pequeñuelos de genio compusieron, no para alimento de la vanidad, ni para concupiscencia de los ojos, sino para ofrecerlas y rendirlas en holocausto á la Criatura privilegiada y exenta, por eternal decreto, de la común mancilla, y que mereció ser tabernáculo del Verbo Encarnado.

En este dogma aclamado por la voz de las muchedumbres en una especie de universal sufragio que se levantó sobre el tumulto de las escuelas teológicas, y avasalló en un arranque espontáneo y magnífico la conciencia de la nación entera, bebió el arte pictórico hispalense, que tiene en estos muros espléndido santuario, su originalidad más relevante y más excelsa.

Porque no basta la maestría técnica para explicar el florecimiento de un arte tan popular y espontáneo. Lo que salvó al naturalismo español del escollo de lo vulgar y prosaico, en que tantas veces tropezaron los maestros flamencos y holandeses, fué, no sólo su profunda sinceridad enfrente de la naturaleza, su admirable magisterio del color, y su honrado y franco dibujo, sino la savia de la vida espiritual, la devoción familiar, apacible, candorosa y llana, aquel género de infantil regocijo y robusta confianza con que nuestro pueblo se entregaba en los brazos de Dios como de padre amorosísimo. Y así, limpia de dudas é inquietudes la conciencia, firme la voluntad, apercibido el brazo para toda lícita resistencia contra los quebrantadores de la ortodoxia, lleno de fuego el corazón y de luz la mente,

fuego y luz que irradiaban en las moradas de los más humildes como en los alcázares regios, y que no se entibiaban ni oscurecían por el contagio de las pasiones mundanas, con ser tan impetuosas y terribles en gentes de tal energía corporal y espiritual, iban nuestros antepasados á aprender la doctrina teológica de los autos sacramentales en la inmensa cátedra de la plaza pública, ó á fijar los ojos ávidos de veneración en los lienzos de Murillo, que no eran entonces números de un Museo, sino habitadores excelsos de la ciudad mística, levantada en cada iglesia, en cada convento, en cada cofradía y hermandad, en cada canto de piedra, y, lo que vale más, en el corazón de cada uno de los fieles. Y así como de Sócratos dijeron por el mayor elogio los antiguos que había hecho bajar la filosofía á las mansiones de los hombres, así del arte español, dramático y pictórico, del siglo XVII, del arte de Lope y Calderón, de Zurbarán y Murillo, podemos decir, salvando todos los respetos debidos á los grandes teólogos y apologistas, que puso al alcance de la muchedumbre lo más práctico y asequible, lo más sentimental y profundo de la literatura ascética, y sentó á la teología en el hogar del menestral, y abrió al más cuitado la visión espléndida de los cielos: rompientes de gloria y apoteosis, sombras preñadas de luz, formas angélicas, tan divinas con ser tan humanas, tan castas con ser tan bellas: y todo ello para espiritual recreación de cuatro demacrados ascetas, que parecen hechos de raíces de árboles, con el burdo sayal pegado á las carnes, y la mirada fija, ardiente, luminosa, de quien nada puede contemplar en la tierra que iguale á los éxtasis anticipados del Cielo.

HE DICHO.